

JACOB GLATSHTEIN

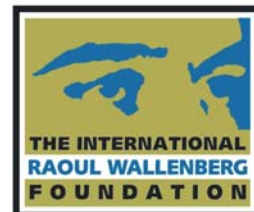
el poeta judío de la revolución interior



Por Eliahu Toker

Dedicado a la memoria de Elena Llorens

Edición digital exclusiva de



Jacob Glatshstein, el poeta judío de la revolución interior

por Eliahu Toker

Nacido en 1896 en Lublín, Polonia, en el seno de una familia de músicos y rabinos, en 1914, a los 18 años, se radicó en los Estados Unidos. Diría luego: *"Cuando el barco partió los mares y me trajo a América, yo mismo llegué partido"*. En su docta Lublín natal había comenzado a recorrer apasionadamente la tarea de escritor, pero cuando llegó a Nueva York se sumergió en el aprendizaje de la lengua inglesa, en la lectura de sus creadores y comenzó a estudiar derecho en la Universidad. Pero un compañero de estudios, el poeta N. B. Minkov, le reveló la existencia de grupos literarios ídich neoyorquinos. Glatshstein abandonó los estudios y retornó a las letras, atento ya a las innovaciones de la poesía americana.

La creación literaria ídich neoyorquina giraba por entonces en derredor de Di Iungue, un grupo de escritores jóvenes surgido en 1907, encabezado por un romántico, Mani Leib, y acompañado durante algunos años por personalidades tan diversas como Moishe Leib Halpern y H. Leivik. Influidos por los renovadores aires modernistas que se respiraban en la poesía americana, Glatshstein conformó en 1920, con un par de poetas, Minkov y Glants Leieles, el movimiento introspectivo, *inzijizm*, que al privilegiar el verso libre y la experimentación con nuevos temas, ritmos y sonidos, entendía la poesía como una expresión de pensamiento emocional o de emoción intelectualizada. Su primer manifiesto sostenía: *"Para nosotros el mundo existe sólo en la medida en que se refleja en nuestro interior, en la medida en que nos toca. El mundo no existe, es una ficción, mientras no se relaciona con nosotros. Cobra realidad solamente en nosotros y a través nuestro"*.

Un poema de Glatshstein de esa primera época decía: *"¡Si la muchacha rubia del arpa / es un ladrón disfrazado! / Con un puñal de vidrio / cercena las cabezas azules de los sonos / y los deja debatiéndose / moribundos por el aire. // Y tú y yo, / que toda la noche, en nosotros, / hemos vuelto besos / el llanto de nuestras entrañas, / mira cómo se ríe de nosotros / la muchacha rubia del arpa / y nos dedica una canción burlona / hasta bien entrado el día, / hasta las profundidades del día"*.

La publicación que editaba ese grupo literario y llevaba por nombre, *In Zij*, "En sí", continuó apareciendo hasta finales de los años '30, pero la juvenil mirada introspectiva de Glatshstein había ido cambiando con el tiempo. Según sus propias palabras, *"poco a poco mi poesía fue abriéndose a la inquietud del mundo, inquietud judía. Muchas de mis obras tienen que ver con sucesos de la época, con vivencias individuales y colectivas, con la Polonia judía"*. En 1938, pese a los tenebrosos nubarrones que iban cubriendo las juderías europeas, nadie imaginaba todavía la catástrofe que se avecinaba. Pero en abril de ese año Glatshstein dio a luz un poema que conmovió al mundo judío, *"A gute najt, velt"*, "Buenas noches, mundo", que comenzaba así: *"Buenas noches, mundo; / ancho, pestilente mundo. / No eres tú: soy yo quien da el portazo. / Puesto el largo talego / con el llameante remiendo amarillo, / orgulloso el paso, / por mi propio mandato vuelvo al gueto. / Borro, pisoteo todas las huellas conversas. / Me revuelvo en tu lodo, / alabada seas, alabada seas, contrahecha vida judía. / Anatema, mundo, sobre tus sucias culturas. / Aunque todo esté en ruinas / me hago polvo de tu polvo, / triste vida judía"*.

Este dramático poema despertó reacciones que iban de la admiración al dolor y del asombro a la crítica. ¿Era el de Glatshstein un llamado a volver al ghetto? En realidad, sólo era uno más de los textos poéticos ídich premonitorios de la Shoá, y éste concluía con una honda estrofa casi esperanzada: *"Y yo confío en que aun cuando demore, / habrá de fructificar mi espera, temprano o tarde; / han de susurrar aún hojas verdes sobre nuestro árbol seco. / No necesito consuelo. / Vuelvo a mis cuatro paredes; / de la música idólatra de Wagner / a la melodía jasídica, al canturreo. / Desgreñada vida judía, te beso; / llora en mí la alegría de volver"*.

El impacto de la Shoá profundizó en Glatshstein su mirada judía. Apenas finalizada la guerra, en 1946, publica *ShtráIndike idn*, "Judíos luminosos", un intenso poemario en el que, bajo el

impacto de la Shoá, dialoga con el Dios judío, descrea de Él, forcejea con Él, en la mejor tradición judía. "Dios, allí donde Tú estás, / todos nosotros tampoco estamos". Ubicándose en su Lublín natal escribe en Nueva York: "Recibimos la Torá en el Sinaí / y en Lublín la devolvimos. / Los muertos no alaban a Dios. / La Torá fue dada para la vida. / Y tal como estuvimos todos juntos en la entrega de la Torá, / del mismo modo, de veras, / morimos todos juntos en Lublín." Pero también siente piedad por ese Dios judío: "Mi Dios duerme y yo lo protejo; / mi agobiado hermano sueña el sueño de mi pueblo. / Él se hace pequeño / y yo lo acuno en el sueño de mi pueblo. / Duerme, Dios mío, hermano mío de errancia, / y penetra en sueños en el sueño de mi pueblo".

Como contrapartida, el nacimiento de Israel provoca en Glatshstein un conjunto de poemas jubilosos: "¿Sabes cómo huelen huesecillos jóvenes / de chiquitos recién nacidos? / ¿Conoces el aroma madrugador / de masa recién horneada? / Así huele la joven historia judía; / así sabe cada página recién escrita. / Y tú estás en cada palabra, / eres joven con una juventud / que conquistó el llanto de tus ojos. // Como una flecha huyó tu vejez. / Ahora bebes la copa del consuelo. / Te invitan al púlpito, / te está permitido inscribir una letra. / Olvidas hasta tu nombre. / Y haces un brindis por tu juventud, / joven como la historia judía". Y también le hace una afectuosa reconvencción a Israel: "Háblame en ídish, mi país judío, / que yo voy a hablarte en hebreo de todos modos".

Escritor sofisticado, la obra poética de Glatshstein se caracteriza por el juego intelectual y una ternura contenida, en un ídish repleto de hallazgos. Resulta particularmente notable el ciclo de poemas en los que asume la voz jasídica del Rabí de Bratslav dialogando con Natán, su escriba: "Voy a revelarte un secreto, Natán: / la Plegaria de la Tarde hay que saber decirla. / Es una oración sabrosa. / Te andas por la hierba, / nadie te urge, nada te apremia; / andas delante del Creador / con ofrendas en manos desnudas, limpias; / las palabras son oro, / su sentido, transparente, / y tú las cargas de intención / como si por primera vez afloraran a tu boca." En un segundo plano se encuentran sus ensayos de crítica literaria que lo definen también como un prosista original.

"Vendrás y de nuevo has de evaluar tu infancia, / la obstinación de tus pequeños ojos y oídos; / cesarás de acunar tus años; / has de liberarte por primera vez / del abrigo de tu herencia. // No temas, / nadie ha de quitarte lo tuyo. / Tan sólo se trata de comenzar de nuevo / desde tu primerísimo dolor; / de introducir en ti, / como a través de una herida, / el amor de tu tribu, / dolorosamente." Así cantaba en su madurez Jacob Glatshstein, uno de los poetas que comenzó su vida literaria revolucionando la poesía ídish.

Jacob Glatshstein falleció en Nueva York en 1971.

Poemas de Jacob Glatshstein

Del ídish, Eliahu Toker

Obstinado

Si un hombre se obstina
puede vivir con casi nada,
conformarse con apenas
un trozo de sí mismo.

Conocí hace tiempo a un hombre orgulloso
erguido sobre altas piernas.
Hoy lo conducen en una silla,
vacías las mangas de los pantalones.
Pero aún se muestran orgullosos sus lentes
y es severa la orden
al que conduce su sillón.
Ha encogido
y decidido vivir por la mitad;
después de todo, piernas son sólo una comodidad
y la sucia vida
puede más que un par de piernas.

No le habléis de Job;
se ríe de él
y no filosofa.

De nuevo

(Fragmento)

Vendrás y de nuevo has de evaluar tu infancia,
la obstinación de tus pequeños ojos y oídos;
cesarás de acunar tus años;
has de liberarte por primera vez
del abrigo de tu herencia.

No temas,
nadie va a quitarte lo tuyo.
Tan sólo se trata de comenzar de nuevo
desde tu primerísimo dolor;
sólo se trata de introducir en ti,
como a través de una herida,
el amor de tu tribu,
dolorosamente.

Tu partícula de santidad

(Fragmento)

La mañana te despierta
con un interrogante cacareo:
– ¿Judío?
Y todo el día persigue
tu mente adormilada la respuesta.
Desde que pones el primer bocado en tu boca
hasta que te descalzas para irte a dormir.

Nadie imagina
cómo desmenuzas el día entero
en busca de respuesta.
Eres más devoto que tu abuelo;
tu devoción te hiende las carnes con más rigor
que las más tajantes correas de sus filacterias.

De un padre a su hijo

Hijo mío, guié tus dedos ciegos
por sobre letras judías, como por sobre braille;
te di a beber, a escondidas,
cucharadas de judaísmo.
Te debatías
como si fuera aceite de ricino.
Nunca comprendiste mi intención.
Hijo mío, te vacuné
para protegerte del exterior.

Te judaizaba día a día:
hendía tus entrañas con apego y ternura.
Te asombraba siempre
que un padre pudiese ser tan cruel;
que pudiese ensañarse con la llaga de su hijo
para hacerla más amplia y más profunda.
Volqué dentro de ti, hijo
sustancia y obstinación judías.

Ahora te alejas, te vas a la deriva,
te atrapó y te arrastra lo ajeno.
Te atrae el monte, te tira al valle.
Huyes. Se evaporó la paterna enseñanza.
Sin embargo, *ishmá israel!*
gritan nostálgicas tus entrañas.

Plegaria

El significado de mis palabras más hermosas
vuelve necia mi plegaria a ti.
Mis alabanzas impregnan el aire de olor a idolatría.
Te rezo desde un libro de plegarias mudo,
mi triste Dios.

La flor más diminuta te brinda más satisfacciones
que todo lo creado en los seis días.
La rutina de nuestra vida destructora
es tu preocupación menor.
Nos otorgas chance por milenios
y ocultas tu rostro de nosotros.
Los muros de nuestras casas rezuman estupidez.

No conocemos siquiera el alfabeto de la santidad.
¿Cuántos miles de vidas hacen falta
para concebir siquiera
el posapiés de una sonrisa tuya?
Te rezo desde un libro de plegarias mudo,
mi triste Dios.

No eres de temer ni estás airado.
Permaneces simplemente lejos de nosotros
cuando mancillamos cada instante de vida.
Cuantos destellos de inmortalidad
hayamos aspirado por nuestras narices,
no son más que ruina asegurada.
Te rezo desde un libro de plegarias mudo,
mi triste Dios.

Fieles pecados

Fieles pecados míos,
nunca os pequé de veras.
Nunca os he cometido
como se ejecutan obras buenas.
Siempre os he farfullado como quien apura un deber;
nunca me habéis atrapado entero,
excitado hasta los huesos
como el buen vino de un versículo,
como un mandamiento cuyo sentido
vive en el recuerdo.

Benditas sean las pupilas queridas
que han tornado virtuosos para mí
trozos de vida inerte, campos de hierba
sobre los que ahora descansa mi cabeza
mientras sueña intensos sueños.

Me sois benditos.
Me estabais predestinados.

Mi hermano de errancia

(Fragmento)

Amo a mi triste Dios,
mi hermano de errancia.
Me gusta sentarme con Él sobre una piedra
y desnudecer de mí todas las palabras.
Porque cuando permanecemos sentados así
los dos perplejos,
en el callar se anudan
nuestros pensamientos.
Una estrella se enciende, una letra de fuego.
Sus miembros añoran el sueño.
Y la noche permanece echada a nuestros pies
como un cordero.

Mi querido Dios,
cuántas plegarias le profané,
cuántas veces lo blasfemé
por las noches,
y entibí mis temerosos huesos
junto a la olla de fuego del saber.
Y ahora está sentado aquí, me abraza, es mi amigo,
y comparte su último bocado conmigo.

El Dios de mi incredulidad es espléndido;
qué querido me resulta mi Dios enfermo,
ahora que es humano y está equivocado.
Mi Dios duerme y yo lo protejo;
mi agobiado hermano sueña el sueño de mi pueblo.
Él se hace pequeño
y yo lo acuno en el sueño de mi pueblo.
Duerme, Dios mío, hermano mío de errancia,
y penetra en sueños en el sueño de mi pueblo.

Aquellas personas

Cierta vez me previno mi abuelo:
No vayas a solas por una callecita oscura
con las siguientes personas:
con un cristiano que pasa ante un Jesús
y no se santigua;
o con un tendero que se la pasa hablando de la honradez,
pero lo que es de veras un peligro es ir con una persona
que dice que no le importa que su lengua desaparezca,
que su pueblo perezca.
Del mismo modo hay que cuidarse de alguien
Al que no le importa siquiera su propia vida,
y siempre la está ofrendando en el altar sacrificial
de ese ídolo que la gente llama humanidad.
Una persona que se sale de la vaina
por sacrificar la propia piel, hijo,
no tiene piedad por nadie
y ante todo, alegremente y sin dudar,
es a ti a quien va a sacrificar.
Por eso te digo claramente, hijo mío,
hay que estar atento y saberse cuidar.

El arbolito

Entre el árbol de la vida y el árbol de la sabiduría,
tapado por espesas ramas,
crecía en el paraíso un arbolito,
en espera silenciosa y tensa,
el arbolito de la conciencia.

Adán no lo vio al morder la manzana,
y la serpiente, que conocía muy bien ese arbolito,
alegremente apartó de él a Eva.
Desde entonces la sabiduría sin conciencia
cobró fuerza de víbora
y se volvió ciencia.

Los bien educados

Tienen modales maravillosos,
se apiadan de elefantes y moscas,
y la tristeza de niños en sus cunitas
los conmueve, a estos finos antisemitas.

Lloran con los cuartetos de Beethoven,
anotan y recuerdan citas éticas,
ayudan a cargar las penas de un hermano
y les gusta acariciarles las cabezas a las nenas.

Son esbeltos y delicados como poemas
y se echan a cantar contemplando un ocaso,
pero en cuanto ven un judío
se vuelven de pronto orangutanes.

Buenas noches, mundo

(Abril, 1938)

Buenas noches, mundo;
ancho, pestilente mundo.
No eres tú: soy yo quien da el portazo.
Puesto el largo talego
con el llameante remiendo amarillo,
orgullosa el paso,
por mi propio mandato vuelvo al gueto.
Borro, pisoteo todas las huellas conversas.
Me revuelvo en tu lodo,
alabada seas, alabada seas, contrahecha vida judía.
Anatema, mundo, sobre tus sucias culturas.
Aun cuando todo esté en ruinas
me hago polvo de tu polvo,
triste vida judía.

Puerco alemán, polaco hostil,
amalequita ladrón, tierra de borrachera y gula;
fofa democracia, con tus frías
compresas de simpatía;
buenas noches, prepotente mundo eléctrico,
vuelvo al querosén, al resplandor de mis cirios,
al eterno octubre, a las diminutas estrellas,
a mi giboso farol, a mis torcidas callejuelas,
a los restos venerados de mis sagrados textos,
a mis profetas, a mi Talmud y a sus arduos párrafos,
al luminoso ídish,
al profundo sentido, a la ley judía, al deber, a la justicia;
hacia la silenciosa lumbre del gueto
marcho, mundo, con regocijo.

Buenas noches, mundo. Te obsequio
todos mis libertadores;
toma los jesumarxes, atragántate con su coraje;
revienta por una gota bautizada de nuestra sangre.
Y yo confío en que aun cuando demore,
habrá de fructificar mi espera, temprano o tarde;
han de susurrar aún hojas verdes sobre nuestro árbol seco.
No necesito consuelo.
Vuelvo a mis cuatro paredes;
de la música idólatra de Wagner
a la melodía jasídica, al canturreo.
Desgreñada vida judía, te beso;
llora en mí la alegría de volver.

Sin judíos

Sin judíos no va a haber un Dios judío.
Si, Dios nos libre, desaparecemos del mundo,
se apaga la luz de Tu humilde tienda.
Desde que Abraham Te reconoció en la nube,
ardías sobre todos los rostros judíos,
resplandecías desde todos los ojos judíos,
y nosotros Te hicimos a nuestra imagen.
En cada país, en cada ciudad,
estaba con nosotros un forastero,
el Dios judío.

Cada destrozada cabeza judía
es una quebrada, humillada, vasija divina,
porque nosotros éramos Tu luminosa vajilla,
la verdadera prueba de Tu tangible prodigio.
Ahora se cuentan por millones
nuestras cabezas muertas.
Se Te apagan las estrellas.
Tu recuerdo se oscurece,
Tu reino está a punto de caer.
La siembra y el cultivo judíos están quemados.
Sobre hierbas muertas lloran los rocíos.
El sueño y la realidad judía violados
mueren juntos.
Comunidades enteras duermen,
bebés, mujeres,
jóvenes y viejos,
incluso tus pilares, tus rocas,
los treinta y seis justos,
duermen un sueño muerto, un sueño eterno.

¿Quién va a soñarte? ¿Quién va a evocarte?
¿Quién va a negarte, quién va a añorarte?
¿Quién hacia Ti, por un puente nostálgico,

va a alejarse de Ti, para volver?
La noche es eterna para un pueblo muerto.
Cielo y tierra borrados.
Se apaga la luz en Tu humilde tienda.
Temblequea la última hora judía.
Dios judío, ya casi no estás.

Humo

A través de la chimenea del crematorio, un judío
asciende en espiral hacia el Señor de los tiempos.
Y en cuanto el humo se evapora
ascienden su mujer y su hijo anudados.

Y arriba, en las alturas celestes,
lloran, añoran, humos sagrados.
Dios, allí donde Tú estás,
allí, todos nosotros tampoco estamos.

Guerra fraterna

No vas a imperar sobre mí
hermano mío Caín.
En cada generación voy a volver a luchar contigo
hasta que el triste bosque alguna vez se humanice.
Mi muerte se impone sobre ti y sobre tu maldad.
Profanaste nuestra joven hermandad.
Madre llora sobre nuestras camas vacías
porque tú saliste al campo a apostar,
con la propia carne-y-sangre
qué es más luminosa, si tiniebla o luz,
qué es más consistente, si mal o bien.
Aunque yo esté mil veces muerto
tú vas a estar más muerto todavía,
y a ti va a borrarte el día;
y nosotros, vivos, vamos a plantar
florecentes monumentos.
Mi sacrificio se te mete en las narices.
Es el anochecer, vísperas de vida y de alegría.
Escucha cómo cantan en batalla al lado de nuestras casas.
Quien canta es la alegría de la muerte que tiene un mañana.
Pero hoy, hermano Caín,
la noche no es de nadie y el trozo de tierra no es de nadie.
Escucha con atención cómo palpita
el corazón honrado de un país.
La noche relampaguea con fusiles luminosos.
Bombas plantan entre ruinas
arbustos que no brotan,
que florecen en un despavorido rojo.
Niños guardan silencio.
Y cuando niños guardan silencio
el silencio es aterrador.

Vamos

Guarezcámonos
tras un pequeño cerco.
No un gueto, Dios guarde;
tan sólo un muro silencioso.
Sentémonos entre nosotros
y con entendimiento
veamos cómo fortificar
nuestras debilitadas manos.

Lo transitorio nuestro,
armado como una cabaña de juncos,
se desmorona
torcido, raído y viejo.
No queremos aún adormecernos
pero a la fuerza nos acunan.
Agucemos pues la inteligencia;
ingeniémonos.

Felices fiestas

(1966)

Nuestra tierra floreció
en cientos de preocupaciones
pero las banderas de la alegría
flamean seguras.

Shalom, judíos
en el país de los propios desvelos.
Tan real como el sol es la alegría.
La fiesta es nuestra
porque la común, fraternal pobreza
está plantada sobre simientes de hierro.
Esta gran hora comienza con esto,
mira: existe.

Pueblo errante,
pueblo prodigioso,
quizás valió la pena la dispersión.
La redención deambuló
se extendió, abrazó, iluminó, entibió,
se apiadó de nuestro pueblo
de antiguos, innumerables días de duelo.

Quién podía sospechar
que nos estuvieran predestinadas aún
jóvenes festividades.
Sobre el viejo árbol torcido,
azotado por las lluvias,

brotó asombrado y primerizo
un tallo: dieciocho años.
Por un milenio
ha de volverse leyenda lo sucedido
y tornarse más luminoso
que la realidad misma.

De la fuerza brotó dulzura.
Del fin brotó principio.
Nuestros primeros años sin lágrimas
lloran de regocijo.
Pero todas las lágrimas son fructíferas,
redimidas, consoladoras.
Para viejos corazones judíos
jóvenes años de primicias
como un Pentateuco recién recibido.

Todas las preocupaciones nacieron
de la alegría de las primicias.
Son preocupaciones repletas de bendición,
propias, benditas de lluvia;
no son preocupaciones gemidas sino previsoras,
inscriptas en las jóvenes escrituras.
La alegría logró vencer al suspiro judío.
A un pueblo torturado le resulta difícil confesarlo,
pero cárgate de amor y di:
Fueron años primerizos
con penas luminosas.

¡Felices fiestas, judíos;
shalom en el país
de las propias, valiosas
y fuertes preocupaciones!

Cantos

A
Mi vieja tierra se entibia.
Borbotones de sol se tienden sobre ella.
Mi vieja tierra se torna
mi santa cabecera.
El cuerpo martirizado,
yazgo y escucho
cómo va volviéndose mío cada palmo.
Yo, el tallador de lápidas,
me torno hacendado.

Ellos pronuncian tierra;
ellos dicen fábricas,
naves, aviones, prados;

y aún no siendo todo mío,
todo es tengo; todo para mí creado.

B

¿Sabes cómo huelen huesecillos jóvenes
de chiquitos recién nacidos?
¿Conoces el aroma madrugador
de masa recién horneada?
Así huele la joven historia judía;
así sabe cada página recién escrita.
Y tú estás en cada palabra,
eres joven con una juventud
que conquistó el llanto de tus ojos.

Como una flecha huyó tu vejez.
Ahora bebes la copa del consuelo.
Te invitan al púlpito,
te está permitido inscribir una letra.
Olvidas hasta tu nombre.
Y haces un brindis por tu juventud,
joven como la historia judía.

C

Entre los refugiados de la necesidad y el cansancio,
los últimos en acudir
han de ser los refugiados de la abundancia.
Vendrán a adelgazar hasta el hueso judío.
Han de ser los que aguardan,
los que obran con tino.
Enviarán espías al Estado judío,
y hasta que no les sean dadas, negro sobre blanco,
las pruebas por escrito
de que leche y miel ya se han echado a manar,
han de aguardar.

El regocijo de la palabra en ídish

Con qué tristeza se traducen las palabras
a la hora de la conciencia plena.
La orden es rigurosa;
las letras inclinan sus cabezas.
El milagro se apaga en tus ojos.

Hasta la piel se estremece.
El canto brota como hierba nueva,
pero tú la pisoteas despóticamente
y el verdor sucumbe con un grito.
Condenas al horizonte entero a traducción.
En la mano del maestro, un látigo de plomo.

Y esclavizado así
suspira el paisaje de palabras todo.
Nunca enfermaron vocablos tan jóvenes.
Tú, freno de tanta belleza salvaje,
tumbas la cabeza de un tigre, de un león.
Envejeces, te inclinas,
tú, solitario, triste vencedor.

Una corona judía

Cuando mi padre cumplió cuarenta años
se vistió la vejez
como una corona judía.
Ocupó su lugar en la comunidad
y con delicada paternidad
se volvió mi abuelo.
En una sola noche me volví su nieto.
Con eso ambos ganamos y no perdimos nada.
Los dos entonamos una canción hereditaria.
Con júbilo mi padre se volvió
un anciano judío.
Y su manto de oraciones, sus filacterias, su blanca túnica,
su gorra galútica y su barba rala;
sus gemidos desde las entrañas
hasta cuando paladeaba las comidas de mi madre;
su repaso de trozos del Pentateuco con melodioso acento
se volvieron el piadoso árbol
cuyos brotes florecieron en mi mente.
Mi padre asumió la vejez
con una ancestral juventud;
una vejez que no escatima los años ni los cuenta,
que está protegida contra la muerte
y amurallada contra el miedo
mediante miles de mañanas al servicio del Creador.
Su fe era tierra firme,
suelo bajo sus pies,
la tierra de Israel
con valle y con monte,
con árboles y cielo,
con campos y bosques,
fuentes y pozos,
agüitas placenteras.
Su fe reverdecía la calle judía.
Del sueño no se levantaba ya un mercader de ropas
sino un pastor a pastorear vacas y ovejas.
Se levantaban soles sobre su porción de mundo
cuando él salía con su manto de oraciones de la tienda
y araba y sembraba la tierra judía.
Las plantas verdecían amanecientes
aunque él se ganase dificultosamente el sustento.

Yo a mis cuarenta y siete años apenas puedo ser un padre.
Estoy preso en el temor a la vejez.
Contigo, padre, se fue
toda la abuelidad judía.
Día tras día vengo a avergonzar al feo mundo
con mis problemas judíos.
El mundo, pobre, se ruboriza y deprime,
y yo apenas me sostengo sobre los pies
y naufrago.
Yo te lloro y lamento, padre,
tú vives en mí.
Y yo beso las huellas de mi añoranza por ti.

Un héroe judío

De nuestra galería
de figuras heroicas:
Conocí a un minúsculo judío
que apenas
se sostenía sobre las piernas.
Y no van a creerme
lo que voy a decirles;
van a pensar seguramente
que es un embuste o una fantasía,
pero en su memoria ese minúsculo judío
cargaba el Talmud entero,
todos sus tratados,
aderezados con grandes trozos
de Pentateuco, Profetas y Escritos,
él solito.

Decir la plegaria de la tarde

(De "El rabí de Bratslav a su escriba")

Voy a revelarte un secreto, Natán:
la Plegaria de la Tarde hay que saber decirla.
Es una oración sabrosa.
Te andas por la hierba,
nadie te urge, nada te apremia;
andas delante del Creador
con ofrendas en manos desnudas, limpias;
las palabras son oro,
su sentido, transparente,
y tú las cargas de intención
como si por primera vez afloraran a tu boca.

Decir la Plegaria de la Tarde...
¡Casi nada! ¡La Plegaria de la Tarde...!
Natán, si no te sientes crecer ante ti mismo
es que no la pronunciaste.
La melodía es toda sencillez,
¿pero quién sino tú pone su mano
en el declinar del día?
Tu espalda carga una gran responsabilidad:
tomas un día creado
y lo conduces al arca
donde reposan todos nuestros días vividos.
El día se hunde calladamente con un beso;
se tiende a tus pies
erguidos para pronunciar las Dieciocho Bendiciones.
No está en tus manos crear nada,
pero tú, judío de la Plegaria de la Tarde,
puedes conducir un día hasta su mismo desenlace

y percibir la sonrisa del palpable ocaso.

Penetras lo cabal de todo:
envejeces con días que se siguen de continuo
y subsisten sin que falte un segundo.
Traes un día vivido,
una ofrenda para la eternidad.
¿Qué hacían acaso nuestros padres
cuando salían
a pasear una plegaria?

Hubo un tiempo, Natán,
en que yo me flagelaba con ayunos,
en que celebraba penitencias.
Cierta vez, durante la Plegaria de la Tarde,
se alzó dentro de mí una voz burlona.
Era la voz del abuelo
(¿es posible confundirla acaso?):
“¿Qué te dio por ayunar de esta manera?
¿Por qué te martirizas el cuerpo de este modo?
¿Por si alguna vez te obsequió una partícula de gozo?
¿Qué hiciste de tu apariencia humana?
¡Si un cadáver luce más rozagante...!
¿Qué actos pecaminosos cometiste, al fin de cuentas,
y a quién causaste daño con tus faltas?
Te torturas tanto que ni te restan fuerzas
para un pensamiento de contrición,
mi gran arrepentido...
Un santo cabal, fuerte y sano,
puede derribarte con un estornudo”.

Apenas terminada la Plegaria de la Tarde, Natán,
probé bocado, y me dije:
“Sobre lo que voy a necesitar
ponerme de acuerdo con los cielos
es sobre el valor de mis buenas obras,
obra más, obra menos,
regateo de centavos.
Pero no debo jactarme
de mis pequeños pecados.
Hay que ser humano,
ser capaz de perdonarlos
incluso a uno mismo”.